

ANDREA RICCARDI

LAS PALABRAS DE LA CRUZ

Lectura espiritual de los cuatro evangelios de la Pasión



INTRODUCCIÓN

La experiencia de la Pascua y del camino de la cruz, como todo encuentro verdadero con Jesús, es un acontecimiento íntimo, del corazón.

Con toda su simplicidad, estos textos quieren ser una compañía y una ayuda para realizar un recorrido del corazón junto a Jesús, durante su Pasión.

Desde hace ya mucho tiempo, durante la Semana Santa, en el barrio de Trastevere, en Roma, alrededor de la iglesia de Sant'Egidio y de la basílica de Santa María, a lo largo de la tarde y hasta bien entrada la noche se abren estos y otros lugares de oración. Son espacios de escucha de la Escritura, de silencio a veces interrumpido por la oración de los salmos, un breve comentario de la palabra de Dios, y algún canto. Son espacios abiertos a todo el que está en búsqueda de sí mismo y de una mayor cercanía al misterio de la cruz. Son muchos los que recorren de esta forma la vía de la cruz tanto en Roma como en otras tantas ciudades. Es una decisión profunda e íntima que tiene lugar en un mundo y en una ciudad que siguen otros ritmos. Se da el caso también del que, atravesando la ciudad por otros motivos, se tropieza casualmente con este camino. Y puede suceder también, como ocurrió hace algunos años, que al entrar en Sant'Egidio por la noche, mientras la ciudad se prepara para acudir a buenos restaurantes, al encontrarse repentinamente en un clima pensativo, en medio de gente que lee la Biblia y reza frente al icono del Rostro de Jesús, alguien se pregunte: "Pero, ¿quién ha muerto?". Es

Viernes Santo. Y cada uno de nosotros viene de la misma ciudad con unos ritmos diferentes a los de la Pasión de Jesús.

Estas *Palabras de la Cruz* nacen así. No son un tratado teológico acerca del misterio de la Pascua. Tampoco son un libro de exégesis. Ni quieren ni podrían serlo. Sí son, sin embargo, de forma simple y directa, algunas de la muchas palabras que emergen de la cruz si nos acercamos a la Pascua con la Escritura entre las manos. Son un pobre recorrido que se presenta tal y como nació, simplemente transcrito, durante un momento de oración y de reflexión. De forma austera, a lo largo de este camino que lleva delante la cruz y la muerte del Señor, en la esperanza y en la espera del día de la resurrección, se presentan algunas preguntas sobre nosotros mismos y sobre el mundo, como sucede en los momentos importantes de la vida, como cuando se está junto a algún moribundo a quien se ama. Estas preguntas surgen con la turbación y con todas las limitaciones de los sentimientos contradictorios que acompañan nuestra cercanía –siempre parcial– a una persona que sufre y que sufre mucho más que nosotros.

Esta persona es Jesús de Nazaret, el Hijo de Dios, que no se ama a sí mismo como para renunciar a dar su vida por nosotros y por el Evangelio. Alrededor de él se mueven muchos personajes, un mundo entero. Es un mundo diferente pero también similar al nuestro. Y a nosotros.

Cuatro evangelios, cuatro caminos. Cuatro propuestas espirituales para acercarnos a Jesús y estar menos distantes. Es la antigua Vía de la Cruz. Aquí las estaciones están escritas en la ciudad, en la vida de todos los días que continúa, como una propuesta interior y sumisa, para construirnos un espacio para el encuentro y la compañía con Jesús. Nosotros

sabemos que es aquí donde encuentran su raíz la vida y el amor. Por ello no nos avergonzamos de palabras y sentimientos parciales, si ellos nos acercan al misterio de nuestra salvación.*

dre mío, si es posible, que pase lejos de mí este cáliz, pero no se haga mi voluntad, sino la tuya”.

Después, volvió junto a sus discípulos y los encontró durmiendo. Jesús dijo a Pedro: “¿Es posible que no hayan podido quedarse despiertos conmigo, ni siquiera una hora? Estén prevenidos y oren para no caer en la tentación, porque el espíritu está dispuesto, pero la carne es débil”. Se alejó por segunda vez y suplicó: “Padre mío, si no puede pasar este cáliz sin que yo lo beba, que se haga tu voluntad”.

Al regresar los encontró otra vez durmiendo, porque sus ojos se cerraban de sueño. Nuevamente, se alejó de ellos y oró por tercera vez, repitiendo las mismas palabras. Luego volvió junto a sus discípulos y les dijo: “Ahora pueden dormir y descansar; ha llegado la hora en que el Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los pecadores. ¡Levántense! ¡Vamos! Ya se acerca el que me va a entregar”.

Durante la noche, en la periferia de la ciudad de Jerusalén, hay un hombre que no descansa: está despierto y sin sueño. Antes de alejarse ha dicho a sus amigos cómo se siente: *“Mi alma siente una tristeza de muerte”*. En efecto, ante él aparece el fantasma de la muerte. El odio que lo rodea desde hace tiempo, desde Galilea, se ha transformado en una conjura. Uno de los Doce, llamado Judas Iscariote, uno de sus amigos, se ha puesto de acuerdo con los sumos sacerdotes para

obtener una recompensa de treinta denarios. Es el precio de su colaboración. De hecho, el Evangelio dice que desde aquel momento buscaba la ocasión para traicionar a Jesús. Y Judas, como se ha visto durante la cena, está ahí, junto al Señor, a pesar de que ya había dado su adhesión a la conjura.

Jesús, para salvarse, podría irse de Jerusalén y refugiarse en otro lugar; así podría escapar de la conspiración que está a punto de desencadenarse. Podría tomar aquel camino que va de Jerusalén a Jericó, donde situó el encuentro del buen samaritano con el hombre medio muerto. Por aquel camino llegaría a zonas desiertas y lejanas, donde predicó Juan el Bautista. Huyendo de Jerusalén, quizá se salvaría. Pero no lo hace. No lo hizo.

“No es bueno que un profeta muera fuera de Jerusalén”. Un profeta debe decir algo durante la Pascua, durante ese tiempo especial que es el pasaje de la Pascua. Jesús está en Jerusalén para manifestar a todos su Evangelio. Por esto quieren matarlo. Quizá, si hubiera huido, sus enemigos hubieran estado igual de contentos. Hubieran podido decir que era un falso profeta, un charlatán como tantos otros. Pero Jesús no quiere traicionar ni su Evangelio ni a sus amigos. Se queda y ofrece su vida, sin buscar salvarse a sí mismo.

Jesús no se va de Jerusalén, sino que permanece en la ciudad: marcharse significaría renunciar al centro, al motivo fundamental por el que había vivido. No es una cuestión de heroísmo: hasta Pablo huye de Damasco descolgándose por un muro. Jesús debe dar a todos su buena noticia. Las multitudes lo esperan. Por esto se queda en Jerusalén, y de este modo, una noche lo encontramos un centenar de metros fuera de los muros de la ciudad, en un jardín desde el que se ve

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	5
I. EVANGELIO DE MATEO	9
II. EVANGELIO DE MARCOS	41
III. EVANGELIO DE LUCAS	71
IV. EVANGELIO DE JUAN	101